

canos conocian con el nombre de *Citlalinycue*. Entre dos ángulos agudos, que sirven de índices y se encuentran en la parte superior de la zona, hay una figura cuadrada que simboliza el año *trece caña*, que es la terminacion del medio siglo. En el extremo opuesto ó parte inferior, se descubre una figura grande, donde se ven dos rostros idénticos, uno frente al otro, puestos de perfil y con adornos en la cabeza. Esta figura representa al dios de la noche, á quien los mejicanos daban el nombre de *Xoalteuctli*.

Muchos signos y caracteres pequeños, cuyos significados se ignoran, se encuentran en el calendario azteca; pero se cree, con bastante fundamento, que servian para señalar á los sacerdotes el tiempo de sus prácticas religiosas, de algunos ritos, de sus oraciones y de otros actos propios de su ministerio, por medio de la sombra proyectada sobre las figuras y caracteres numéricos por los gnómones, ó varitas de bronce que ponian encima, como se pone á los relojes de sol para señalar la hora.

El calendario azteca es, como se ve, un monumento notable de las antigüedades mejicanas. En él están demostrados los movimientos del sol, en declinacion, durante los doscientos sesenta dias que tenia su año lunar, desde que partia de la línea equinoccial, para marchar al trópico de Cáncer, hasta volver á la misma línea. Indicaba las épocas del año destinadas á celebrar fiestas, marcando los dias de éstas. Servia de reloj solar, señalando á los sacerdotes aztecas las horas destinadas al culto y á los sacrificios; y, por último, en ese calendario se encontraba reducida la mitad de la Eclíptica, ó movimiento del sol, de Occidente á Oriente, desde el primer signo del

zodiaco hasta el sétimo ó primero de Libra, así como el movimiento diario de Oriente á Occidente, desde el instante que nace hasta aquel en que se oculta.

Literatura mejicana. La inteligencia y el amor al estudio, revelados por los mejicanos, en los pocos monumentos que de ellos se conservan, resaltan tambien en las leyendas históricas, en las maravillosas tradiciones, en las fábulas heroicas y en los patrióticos himnos que en los seminarios enseñaban á la juventud.

No se conserva ninguna de esas composiciones de los antiguos aztecas, para poder apreciar debidamente su mérito; pero las traducciones del laborioso fraile franciscano español, Sahagun, vertiendo al castellano las plegarias y discursos públicos de los mejicanos, dan una idea favorable de la riqueza y dulzura del idioma de éstos, y de la buena forma y elocuencia que daban á sus obras literarias los oradores y los poetas. Las producciones de los últimos están manifestando, en los apreciables fragmentos que de ellos quedan, que el lenguaje poético era dulce, sonoro, puro y brillante, y que los hombres que se entregaban al cultivo de la poesía, observaban en sus versos el metro y la cadencia.

Los que se dedicaban á la oratoria, procuraban desde niños expresarse con facilidad y elegancia, bebiendo las ricas frases del bien decir, en las sonoras y elocuentes arengas y discursos de sus mas ilustres oradores, que sus maestros les hacian aprender de memoria.

No es mi intento, al hacer el elogio de los oradores y poetas aztecas, nivelarlos con los oradores y poetas de las naciones cultas de Europa. Nada de eso. Mi objeto no es

otro que dar á conocer el estado de civilización, á que por sus solos esfuerzos habian llegado los mejicanos, haciendo observar únicamente, que sabian dar á sus producciones un fondo de raciocinios sólidos, y una forma elegante y bella.

Para sus composiciones, no echaban mano los poetas, de argumentos complicados que revelasen esfuerzo de inventiva. Todas las obras basaban en argumentos sencillos. Eran himnos en honor de sus dioses, que se cantaban en los templos ó en los bailes sacros; algun hecho heroico de personaje notable; una fábula moral, ó algun himno, ensalzando las glorias de la patria.

Literatura dramática, teatro y música. La misma sencillez observaban en las composiciones dramáticas. Sus comedias tenian por objeto despertar la hilaridad del público, presentando cojos, mudos, sordos, ciegos y tullidos que se dirigian al templo á pedir la salud á los dioses. Los teatros se levantaban en los átrios de los templos, ó en las plazas de mercados, y los hacian de palos y enramada, no pasando sus dimensiones de treinta piés en cuadro. El adorno consistia en arcos de plumas y flores, de los cuales colgaban vistosas aves, conejos y objetos agradables.

El pueblo acudia á las representaciones despues de comer, y los actores, que, como he dicho, figuraban personajes lisiados, entablaban diálogos en que cada cual exponia los inconvenientes de su enfermedad ó de su defecto físico, provocando la risa de los espectadores, y terminando con que se dirigian al templo á pedir á sus divinidades el remedio á sus males. Otras comedias tenian por argumento dar á conocer el sufrimiento y las propiedades

de los animales, y entonces los actores se disfrazaban con caretas, que figuraban la cabeza del animal que tenian á su cargo desempeñar. En los mismos teatros se daban espectáculos pantomímicos, y toda funcion terminaba con un gran baile, ejecutado por todos los actores, al son de una música insonora y desagradable, que se componia de trompetas, caracoles marítimos, un tambor llamado *huehuettl*, que era un cilindro de madera, de una vara de alto, cubierto con una piel de ciervo por arriba, que se tocaba con los dedos, y de sonajas y chirimías.

Monótono y duro, como el ruido de sus instrumentos, era su canto; pero su aficion hácia éste era extremada, y veces habia, que en sus fiestas y regocijos, se pasaban cantando un dia entero.

Por imperfectas que las comedias fuesen, y por desaplicable que para nuestros oidos seria hoy aquella música, revelan al menos el principio de una cultura literaria, y la pasion hacia una de las artes mas delicadas y dulces en que ciertamente sobresalieron menos.

En su marcha progresiva por el campo de la inteligencia, tocaron tambien, con buen suceso, el principio de la ciencia de las matemáticas. Dotados de agudo ingenio, inventaron un sistema sencillo de numeracion para su aritmética, y ejecutaban sus operaciones con notable facilidad.

La escrito-pintura. Con la misma expresaban sus pensamientos, por medio de la pintura. Esto, mas que un arte para recrear el sentido de la vista, era, entre los mejicanos, la instructiva y útil historia de los acontecimientos operados en la nacion. Las pinturas eran, por

decirlo así, los caracteres tipográficos para eternizar la memoria de los hechos; y los pintores, los cronistas encargados de escribirlos. Los primeros que en la América se valieron de la pintura, para formar la historia, fueron los toltecas; y conociendo la importancia de ella, pronto la adoptaron los acolhuas, extendiéndose rápidamente su uso á todas las naciones de Anáhuac.

Los mejicanos tenían infinidad de pinturas. En unas se hallaban compiladas las leyes que regian en el reino: en otras la historia de los principales acontecimientos: en algunas, los tributos señalados á los pueblos, y en no pocas, su mitología, los objetos del culto idolátrico, los ritos, fiestas y ceremonias religiosas.

Habia pinturas topográficas y corográficas, en que se marcaba los límites de los terrenos, la situación de los pueblos, la forma de las costas, la distancia de los puntos, la posición de los lagos y el curso de los rios: las habia religiosas, en que constaban los himnos que se cantaban en los templos; y abundaban las cronológicas, astronómicas y astrológicas. No habia acontecimiento ni objeto, así animado como inanimado, que no estuviese representado en las pinturas. No es de extrañarse, por lo mismo, que el número de ellas fuese exorbitante. Por desgracia, recién hecha la conquista de Méjico por los españoles, los primeros misioneros, creyendo que aquellas pinturas no representaban mas que ídolos y signos idolátricos que alimentaban en los indios las ideas de sacrificar seres humanos, que siempre que podian lo verificaban ocultamente, hicieron una inmensa hoguera en la plaza de Texcoco, con las muchas que allí encontraron, desapareciendo

entre las llamas, junto con los signos y jeroglíficos de la superstición, de los oráculos, de la mitología y de las extravagantes producciones de los fanáticos arúspices, la memoria de importantes hechos, relativos á la marcha de aquellos pueblos; al lado de las figuras de los sangrientos ídolos, el importante manuscrito en que estaban consignados los curiosos pormenores de la inmigración de aquellas naciones, y su paso desde el Norte del Asia á la apartada América; unido al ridículo vaticinio sobre el nacimiento en determinados meses, el instructivo y precioso mapa hecho con la mas admirable exactitud.

Sensible fué para la historia la pérdida de los muchos documentos buenos que, mezclados con un gran número de inútiles, y convertidos unos y otros en cenizas, esparció el viento por todas partes. Sin embargo, no lo fué tanto como se ha tratado de hacer creer por algunos historiadores extranjeros, mas apasionados que filósofos, menos analizadores que sinceros. Los mismos misioneros, al saber el error que habian cometido, se apresuraron á reparar el mal causado involuntariamente, buscando y recogiendo, con laudable afán, todas las pinturas que se habian salvado del incendio; informándose verbalmente de los indios instruidos, del contenido de las que se habian quemado, y apuntándolo todo con la exactitud mas escrupulosa; aprendiendo el idioma para informarse de sus costumbres, y escribiendo apreciables obras relativas á todo lo concerniente al país de Anáhuac; obras que han sido la fuente de donde han tomado gran copia de hechos para las suyas, los demás escritores que se han ocupado de las cosas de aquellos países.

Frescos estaban en la memoria de los sabios aztecas y texcocanos, los acontecimientos históricos de sus respectivas naciones, y referidos por ellos á los misioneros, empeñados en darlos á conocer, hay motivo para creer que si la reparacion no excedió al mal, quedó al menos compensado felizmente. El noble celo por reparar el daño causado, les hizo escribir lo que acaso nadie, ni ellos mismos, hubieran escrito por entonces, á no haber sido quemados los jeroglíficos; y quedando éstos archivados, fácil hubiera sido que mas tarde nadie los pudiera descifrar, como no se hubieran descifrado algunas pinturas, que despues se han encontrado, á no ser por los escritos que nos dejaron. Sin las producciones literarias de esos humildes misioneros, serian incomprensibles las pinturas que se conservan, como los manuscritos de los clásicos latinos lo hubieran sido, si el clero de la edad media, celoso de la pureza de lo bello, no se hubiera esforzado en mantener viva la lengua en que estaban escritos, viniendo á ser el idioma litúrgico.

El mismo gobierno español, animado de un noble celo, creó una cátedra de antigüedades mejicanas, en la Universidad de Méjico, donde el profesor se dedicaba exclusivamente al estudio de la *escrito-pintura*, y á la explicacion de los caracteres, signos y figuras de la pintura azteca.

Otra consideracion consoladora para los amantes del saber, viene en apoyo de que la pérdida sufrida en las pinturas quemadas, aunque lamentable, fué menor que la que se ha supuesto. La *escrito-pintura* exigia grandes y muchos volúmenes, para referir un suceso, por breve que el asunto fuese.

Los signos y los emblemas de que tenian que valerse los aztecas para expresarse, tenian que emplear un espacio mucho mayor que el que hoy se ocupa para dejar consignado un hecho. Un viaje lo significaban pintando la *huella del pié*. Un terremoto se indicaba con *un hombre sentado en el suelo*, y el habla con *una lengua*. Todos los objetos que tenian forma, los presentaban como eran, y para las cosas que no tenian imagen propia, usaban caracteres significativos de ellas, pero que ocupaban mas lugar que el que hoy se ocupa para escribir. Cuando trataban de presentar una persona determinada, pintaban una cabeza de hombre ó de mujer, segun el sexo á que pertenecia, ó un hombre ó una mujer, colocando sobre el dibujo una figura que expresaba la significacion de su nombre. Igual cosa verificaban para dar á conocer el nombre de una ciudad ó de una villa. Respecto de la historia, para formarla, pintaban en el márgen del papel las figuras de los años á que se referian en número igual de cuadritos, y al lado de cada uno de éstos, los acontecimientos que le correspondian. Cuando eran muchos los años y no cabian, por lo mismo, en la misma tela, seguian colocándolos en otra.

De lo expuesto, debemos deducir que, aunque fué grande el número de pinturas que al principio se quemaron, lo importante para la historia, contenido en ellas, podria reducirse á muy estrechos límites.

Materias en que Las pinturas las hacian sobre pieles adobadas, telas de palmas y de cortezas muy sutiles de árboles á propósito, preparadas con goma y otras materias.

El papel que resultaba de esas combinaciones y de los

medios de que se valian para confeccionarlo, era semejante al carton actual, aunque mucho mas terso y claro que éste. Pero la manufactura mejor y mas apreciable usada para la *escrito-pintura*, era la confeccionada con las hojas de pita, planta llamada por los mejicanos *maguey*. Para reducirlas al estado de admitir la pintura, las maceraban como cáñamo, las lavaban perfectamente, las extendian y las pulimentaban, resultando un papel semejante al *papyrus* de los egipcios.

Los colores empleados por los aztecas en las pinturas, eran vivisimos, y los sacaban de ciertas piedras minerales, de las flores, del añil, de la cochinilla y de varias plantas. Que la brillantez de esas pinturas era notable, se deduce de la frescura y viveza que ostentan las que se conservan hasta nuestros dias.

Los pliegos de la *escrito-pintura* se conservaban arrollados como los antiguos pergaminos, ó doblados como un biombo, en volúmenes de regular tamaño.

El escritor prusiano Paw, no queriendo conceder á los países antiguos de la América ninguno de los adelantos que realmente tenian, ridiculiza la *escrito-pintura* de los mejicanos; dice que para representar un árbol, pintaban un árbol, que no tenian jeroglíficos, y que apenas podian expresar por medio de las pinturas, aunque siempre de una manera imperfecta, los acontecimientos mas sencillos.

No negaré yo que estaba muy lejos de la perfeccion el modo de representar las cosas por aquellos pueblos; que el método observado daba lugar á interpretaciones y equívocos; pero no por eso podré estar ni remotamente de acuer-

do con las apreciaciones del escritor mencionado. Los mejicanos usaban de los jeroglíficos, y no solo representaban los objetos materiales, sino tambien el siglo, el año, el mes, la semana, la noche, el dia y todo lo que anhelaban dar á conocer. Creo, por lo mismo, que, aunque imperfecto, como tenia que ser, el modo de representar las cosas, merecen todo elogio y alabanza los pueblos que, sin modelos á quienes imitar y por sí solos, se entregaban al estudio y á la observacion, y llenos de la noble ambicion de saber, caminaban por el sendero de los adelantos, dejando en sus pinturas un recuerdo eterno de su legislacion, de su industria, de su policia, de su moral y de los acontecimientos operados en el rico suelo de Anáhuac.